OPINIÓN

México no elige bando, elige agenda

Por Helios Ruiz · 17 de noviembre de 2026 · 4 min de lectura



Hay viajes presidenciales que se miden por los acuerdos que se firman y otros que se miden por el mensaje que dejan. La primera participación de Claudia Sheinbaum en el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico, celebrado este año en Shenzhen, pertenece a la segunda categoría. En un momento en que el mundo parece obligar a todos a escoger entre Washington y Pekín, México fue a decir algo distinto: que su prioridad no es pertenecer a un bloque, sino defender un proyecto propio.

La escena tiene una carga simbólica difícil de ignorar. Sheinbaum fue de las pocas jefas de Estado invitadas a dirigirse al pleno de líderes empresariales de la APEC, junto al anfitrión, Xi Jinping. Ante más de mil empresarios presentó el Plan México y lo hizo con una frase que funciona como síntesis de su narrativa económica: **la economía al servicio de las personas**. Insistió en que su estrategia no responde a modelos importados, sino a la historia y a las capacidades del país. Horas después sostuvo un encuentro bilateral con Xi, a quien invitó a visitar México y con quien habló de una nueva etapa de cooperación. En la misma cumbre coincidiría con el primer ministro canadiense, Mark Carney, y con un Donald Trump que llega a Asia debilitado tras la derrota de su partido en las elecciones intermedias.

Ese contexto es el que vuelve interesante la gira. Durante años, la conversación pública sobre México y China se ha planteado como un juego de suma cero: cualquier acercamiento a Pekín se interpreta como una afrenta a Estados Unidos, el socio del que depende buena parte de nuestra economía. Es un encuadre cómodo para quienes prefieren la simplificación, pero poco útil para un país que necesita inversión, tecnología y mercados. Lo que Sheinbaum intentó proyectar en Shenzhen fue una tercera vía: hablar con todos sin subordinarse a nadie.

Desde la comunicación política, la jugada es fina. El mensaje central no fue de ruptura ni de alineamiento, sino de soberanía con pragmatismo. Al hablar de un modelo propio, la presidenta se coloca en una tradición diplomática mexicana que siempre ha valorado la autonomía, pero la traduce a un lenguaje que entienden los inversionistas: certidumbre, mercado interno y crecimiento. Al mismo tiempo, evita el error de presentarse como pieza en la rivalidad entre potencias, que es justamente el lugar donde los países medianos suelen salir perdiendo.

Ahora bien, el equilibrio también tiene riesgos. El primero está en Washington, donde cualquier foto con Xi puede convertirse en munición política, sobre todo en una administración que necesita enemigos externos para compensar sus tropiezos internos. El segundo es la distancia entre el discurso y los resultados: una narrativa de diversificación solo se sostiene si llegan inversiones concretas, empleos visibles y beneficios que la ciudadanía pueda reconocer. Sin eso, la autonomía se queda en retórica. El tercero es interno: para que el mensaje sea creíble afuera, el país tiene que ofrecer reglas claras adentro, porque ningún capital se mueve solo por la elocuencia de un discurso.

Lo valioso de esta gira es que obliga a cambiar la pregunta. Ya no se trata de saber si México está con Estados Unidos o con China, sino de qué quiere México de cada uno y qué está dispuesto a ofrecer a cambio. Esa es la conversación que una potencia media debería tener consigo misma, y es la que con frecuencia se pierde entre titulares alarmistas.

La política exterior también es una forma de narrar quiénes somos. En Shenzhen, México contó una historia de país que no quiere ser satélite de nadie. La pregunta que queda abierta es si sabremos convertir ese relato en hechos antes de que la presión de las potencias nos obligue, otra vez, a escoger un bando que no nos conviene.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/mexico-no-elige-bando-elige-agenda
Descargado el 21 de noviembre de 2026.